

NUESTRO TIEMPO

RECUERDO DE HÖLDERLIN

1843-1943

En 1943, cuando fueron escritas estas líneas demasiado generales sobre Hölderlin, pensaba constantemente en el sonido de la voz humana, y así fueron, palabra a palabra, eligiéndose para ser dichas y oídas, no para lectura de otros ojos que los de su autor. Habían quizá, —de tal modo quedaron fijados su tono, sus alcances elucidatorios, su información carente de citas no de penamientos o juicios ajenos, transparentados a veces a lo largo de sus palabras—, de ser leídas frente a un micrófono en una de las transmisoras radiotelefónicas de Buenos Aires. La proyectada lectura nunca se llevó a cabo; la insistencia de algunos amigos hizo al autor volver sobre el olvido de sus líneas. Ahora se dan aquí, en las páginas de NUESTRO TIEMPO, que albergaron otras tentativas y otros afanes de quien las escribió.

Queda por decir que la bastardilla revela a lo largo de su discurso, siempre, palabras de Hölderlin, y que la traducción pertenece a Gunther Müller, autor de todo el traslado de la antología de Hölderlin, editada por la Insel Verlag, al castellano.

Muchos seres nacen con el destino de los muertos; crecen hasta que un día penetran en la tierra, se pudren y son materia del olvido. Otros retornan cuando mueren, florecen en la memoria, perduran cada día más presentes. De ellos, algunos han vivido una vida que rodaba en las tinieblas, amaban la luz y crujiéron y rechinaron sus dientes en medio de las sombras. *Porque aquel que se sacrifica es grande.* Y ahora, cuando legiones de ángeles armados y piaras de demonios disputan por nuestro mundo, ahora que todo está confuso o herido, quiero reverenciar a Federico Hölderlin, el más genial de los poetas alemanes, pues el centenario de su muerte se ha visto cumplido el 7 de junio de 1943 en medio de la apatía confusa o negligente de quienes debieron recordarlo en la paz de nuestro suelo.

Las aguas del río Néckar corren todavía por Alemania, bañan poblados y ciudades, pasan frente a Lauffen, como pasaban en 1770 cuando la joven esposa de un pastor protestante dió a luz a Federico Hölderlin. Frente a un paisaje que las horas alumbran como un prisma, donde las hojas chasquean sobre el rumor rodante de las aguas y se recortan negras y distintas ante la amarilla llegada de la noche, el niño, huérfano de padre, fué destinado a ser pastor. Y esto interesa saber: que amaba la luz y la lectura esplendorosa de la Biblia y que los viejos autores griegos y latinos fueron enardecidos ese amor hasta apartarlo del ministerio de impuesto. Y que, cuando para agrandar a su madre concluyó su carrera, buscó un cargo de preceptor que lo salvara de profesar y comenzó su drama.

La tragedia de Hölderlin es la tragedia de una sensibilidad: un drama casi sin estímulos ajenos, donde todo se verifica internamente en virtud de la intensidad del alma



Renovamini spiritu mentis vestros et induite
novum hominem.

La liturgia de la dominica decima nona después de Pentecostés (8 de octubre), nos exhorta a la renovación espiritual de nuestra alma y a vestirnos del hombre nuevo que es Cristo.

que acoge tales estímulos y los desmesura.

Era orgulloso, puro y simple. Pero un preceptor es un maestro asalariado, y en todo caso un servidor, entonces, ¿a qué el orgullo? ¿Cómo puede tener orgullo quien sirve? Y además, ¿cómo un hombre en la sociedad de los hombres puede seguir siendo simple, seguir mostrando su rostro todos los días, pretender vivir en dicho y hecho con idéntica valentía? Y no sólo el orgullo que le impide discutir hasta aparentarse como desdén, y la simplicidad que todo lo dice, sino además ese empeñamiento que le impide variar creyendo que lo real es lo ideal, puesto que lo ideal es lo único digno de ser vivido como real. Sí, era puro, eso no es ninguna virtud en la tierra, pues puro es lo capaz de no ser transformado.

Su vida de preceptor fué un sendero de espigas recorrido a pie desnudo, pero finalmente merced a ella conoció el amor: se llamó Suzette Gontard-Berkenstein. Era madre de cuatro alumnos de Hölderlin. No hubo entre ellos sino las palabras encendidas como brasas que guardan aún las hermosísimas cartas de Suzette Gontard y las cenizas ardientes con que Hölderlin modeló su novela, *Hiperión*, donde ella aparece encarnada en Diótima. Entre esos dos seres supremos fué vivida la realidad de todo lo ideal; ningún acto los manchó, la pasión ardió hasta desvanecerse en lo sublime y Hölderlin debió partir una mañana del 1797, mientras el otoño hacía caer las hojas duras e incendiadas a la tierra.

Quiero partir. Oh, Diótima, tal vez luego de mucho vuelva a contemplarte aquí. Pero ya se habrá desangrado el deseo y apaciguados como los bienaventurados seremos ajenos uno al otro.

Y un tranquilo dialogar nos llevará aquí y allá soñando, divagando... hasta que los olvidadizos son agarrados por el lugar del adiós; se caldea un corazón en nosotros.

Te veo, atónito, y vocas y un canto dulcísimo, como llegando del tiempo anterior, escucho, y una música, y vuelas hacia los aires nuestro espíritu liberado por las llamas.

Entonces comienzan los años miserables que llegan hasta 1802 y van a desembocar en la locura. Pero en tales días de idas y venidas sin término, de búsquedas acongojadas de empleo, de intento y de fracaso, de fundación de una revista para mantenerse, de ingenuidad, de humillaciones ante seres que no conocen sino el resplandor del dinero, de hora en hora va manando poemas y poemas deslumbrados por la luz que los traspasa, heridos de sol, urridos como por una inmortal primavera adolescente. Ya nunca le será posible concluir nada. Comienza una tragedia planeada de antiguo, "La muerte de Empédocles", pero su vida es una carrera contra las sombras de la locura que descienden. La ansiedad, el demonio de su vida, se desata sin freno. Un ansia demasiado difícil de contentar, difícil de mantener como una parte de él, pues ella quiere ser todo él y aún él acabará por acceder a que ella, la entusiasta y la temblorosa, sea todo con tal de colmar el canto, lo domina de más en más. No él, sino el ansia canta en él. No él, sino el ansia devoradora, ese deseo que tiembla de miedo y se responde a sí mismo e insatisfecho se busca nuevamente de cosa en cosa para hallar una respuesta ajena, sin encontrarla nunca. Y la angustia, desprendiéndose de ella como una selva de una pequeña semilla perdida.

En 1802 huye a Burdeos; cuando regresa, Suzette Gontard ha muerto y la locura le cuelga como un trapo por la frente. Aquel que en la vida del siglo se llamó Federico Hölderlin se ha perdido para siempre, pero un genio llamado con su nombre nace para la eternidad en el mismo día.

Hasta entonces era Hölderlin el autor de dos cantos a la libertad: su novela "*Hipe-*

SUMARIO

BASILIO URIBE: *Recuerdo de Hölderlin.* — ALBERTO CAPRILE (h.): *Barcos sin correspondencia.* — ALBERTO V. TEDIN: *Necesitamos una política.* — PEDRO A. SÁENZ: *Musi-*

ca. La novena Sinfonía. — M. E.: *Cine. Bernadette.* — CARTA DE PÍO X a los Cardenales Arzobispos de Francia condenando el movi-

miento del "*Sillon*". — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: *Dibujos de San Bruno y Carátula.* — GUILLERMO BUITRAGO y FRANCISCO FORNIELES: *Dibujos.*

rión" y su tragedia "La muerte de Empédocles"; desde entonces será para la poesía contemporánea el autor de los Himnos.

En medio de la locura Hölderlin cantó. Y en su voz, que el dolor había vuelto enorme, se reunieron las viejas trompetas de cobre de la Biblia y la luz esplendorosa de los poetas griegos. Pero todo aquel estructurado equilibrio de sus poemas anteriores, aquella arquitectura meditativa, donde el pensamiento hacia florecer sus líneas esenciales con una luminosidad, una sencillez y una admirable plasticidad clásicas, se agrisó, se fundió, se perdió en el olvido. Porque lo anterior de Hölderlin, lo esencial de lo anterior, es que cada poema pendía, como un fruto resumiendo un árbol, del extremo de una meditación. Largamente, cada uno de sus poemas surgía luego de mucho y, cuando nacía, todo había sido contemplado: discurso y pensamiento despojados de todo lo accesorio relumbraban desnudos como soles. Cada frase era la necesaria y la forma de cada estrofa la única cabal.

Todo en Hölderlin era pensado, y todo lo pensado se encarnaba plásticamente mediante una consciente construcción mantenida con todos los recursos de la lengua, ponderada por todos los recursos de la inteligencia. La nítida claridad de Grecia surgía de cada uno de sus versos, y amando la tierra de los dioses a todo nombraba como divino: divina era la Naturaleza, madre de lo antiguo y lo presente, y la luz, la todo viviente en los árboles, los minerales y los seres; y los hombres, pues sólo le importaban los héroes, las grandes fuerzas naturales de la humanidad, eran divinos.

Había huído su claridad, se había perdido la luz de su conciencia, pero a cambio, enorme como un torrente, el canto se tendía más y más hacia lo inmenso, más irreflexivo y más hondo, cual si naciendo de sí mismo comenzara a brotar otro canto de aquel canto y aún a su autor revelara cosas. Porque la

condición del genio es la de no conocerse a sí mismo sino por sus efectos.

Hölderlin fué quizá el más genial de los poetas alemanes. Sus himnos conjuraron épocas y lugares no ya como en las historias y mapas existían sino en una relación totalmente distinta de lo habitual. Los ríos que él cantaba, el Néckar y el Danubio y el Rin y el Mein, iban desde Europa hacia el Oriente, saliendo de sus verdaderos límites y confines, saludaban las pintadas columnas y los entablamentos de los templos de Grecia, veían las islas y las vides estallantes como soles, entraban en la vieja Asia y con el tránsito de las tierras habían huído los siglos y desde lo hondo del Asia remontaba en curso inverso el río de los hombres y los dioses.

Y así, mediante el velo que lo privó de la realidad, se colmó el destino de Hölderlin, que fué el de llegar a ser el creador de un mundo que sin embargo existía. Pues la misión de la poesía es la de crear lo creado, crear el mundo que existe despojándolo de todo lo casual, de todo lo cansado, de todo lo gastado que los hombres arrojan sobre él.



Cada cosa de su patria se levantó. Sus días y sus batallas. Sus banderas y sus hombres, Sus yerbas y sus lunas. El nomeolvides, el tilo, la margarita. Y sobre todas las cosas el amor era posible. Y era posible la libertad, hija del amor por la cual luchó y sufrió, y era posible la juventud, el entusiasmo que habían intentado ahogar los sabios congojeros, el entusiasmo con su lengua de fuegos, que antaño les gritara a ellos, los agrisados, los calmos, los convenientes:

¡Y si no podéis soportar lo hermoso entonces haced la guerra con fuerza y actos abiertos!

Antaño el entusiasta solía ser clavado en la cruz, ahora lo asesina el consejo suave y juicioso; ¡ya más de uno había preparado con perfección para el reino de la miseria! ¡cuántas veces habéis desviado hacia vuestra arena al esperanzado

durante su viaje audaz hacia el cálido oriente! ¡Inútil! En vano me retiene la época árida, y mi siglo me resulta un castigo porque anhelo el verde campo de la vida y el cielo del entusiasmo.

¡Oh muertos, enterrad a vuestros muertos y elogiad la vida humana y rezongad! Pese a todo,

tal como lo ordenó mi corazón, madura dentro de mí la hermosa naturaleza viviente.

Pero ya los hombres no lo entendían porque las cosas al encontrar palabras inocentes no sólo eran nombradas sino que nacían nuevas de su boca. Salían pequeños animales de ella, alados de rocío, laderas evidentes se eternizaban en una tarde, crecía repentino el césped agudo, violeta bajo un relámpago, y todo estaba dispuesto y tranquilo como en la aurora de un milagro.

BASILIO URIBE.

CONDENACION DEL "SILLON"

En estos momentos, decisivos para la suerte de las naciones y del mundo, en que se pretende utilizar a la Iglesia para la causa de la Democracia, falsificando las nociones de la dignidad humana, libertad, autoridad, igualdad, fraternidad y amistad fraternal, reproducimos la célebre carta de Pío X a los Cardenales Arzobispos de Francia, en que el Pontífice condena los errores de la democracia cristiana del célebre movimiento del SILLON. La actualidad del Documento es sorprendente. El texto que reproducimos aquí corresponde a la traducción castellana de la Revista Razón y Fe, de Madrid de los R. R. P. P. de la Compañía de Jesús en su entrega de octubre de 1910.

(N. de la D.)

A nuestros muy queridos hijos Pedro Héctor Coullier, Cardenal presbítero de la Santa Iglesia Romana, Arzobispo de Lión; Luis Enrique Luçon, Cardenal presbítero de la Santa Iglesia Romana, Arzobispo de Reims; Paulino Pedro Andrieu, Cardenal presbítero de la Santa Iglesia Romana, Arzobispo de Burdeos, y a todos los demás Venerables Hermanos nuestros los Arzobispos y Obispos franceses.

PÍO X, PAPA

Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica.

1) Nuestro cargo apostólico nos impone la obligación de velar por la pureza de la fe e integridad de la disciplina católica y de preservar a los fieles de los peligros del error y del mal, mayormente cuando el error y el mal se les presentan con un lenguaje atrayente que, velando la vaguedad de las ideas y el equívoco de las expresiones con el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras, puede inflamar los corazones en el amor de causas seductoras pero funestas. Tales fueron no pocas las doctrinas de los seudo-filósofos del siglo XVIII, las de la revolución y del liberalismo tantas veces condenadas; tales son aun hoy las teorías del Sillon, las cuales, no obstante apariencias brillantes y gozadoras, carecen con harta frecuencia de claridad, de lógica y de verdad, y

por esta parte, no son propias ciertamente del espíritu católico y francés.

Hemos titubeado mucho tiempo, Venerables Hermanos, en manifestar pública y solemnemente nuestro juicio acerca del Sillon, habiendo sido preciso, para que nos decidiéramos a hacerlo, que vuestras preocupaciones vinieran a juntarse con las nuestras. Porque Nos amamos a la valiente juventud alistada bajo las banderas del Sillon, y la creemos, por muchos conceptos, digna de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes nos complacemos en reconocer espíritus elevados, superiores a las pasiones vulgares y animados del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros los habéis visto, Venerables Hermanos, penetrados de un afecto vivísimo de fraternidad humana, ir al encuentro de los que trabajan y padecen para sacarlos de la laceria, sustentando su sacrificio en el amor a Jesucristo y en la práctica ejemplar de la Religión.

Era al otro día de la memorable Encíclica de nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII, sobre la condición de los obreros. La Iglesia, por boca de su cabeza suprema, había vertido sobre los humildes y pequeños todas las ternuras de su corazón maternal, y parecía que con vivas ansias convocaba campeones, cada día más numerosos, de la restauración del orden y de la justicia en nuestra sociedad perturbada. ¿No es verdad que los fundadores del Sillon venían en la ocasión propicia a poner muchedumbres jóvenes y creyentes al servicio de la Iglesia para ayudarla a realizar sus deseos y esperanzas? Y en hecho de verdad el Sillon enarbó entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, el signo de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto de la Religión a las gentes menos favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y a menudo, en conferencias de controversia, ante un auditorio hostil, surgiendo, excitado por una pregunta o por un sarcasmo, para confesar su fe denodada y arrogantemente. Estos eran los buenos tiempos del Sillon; este su lado bueno, que explica los alientos y las aprobaciones que ni el Episcopado ni la Santa Sede le regatearon, mientras este fervor religioso pudo velar el verdadero carácter del movimiento sillonista.

Porque hay que decirlo, Venerables Hermanos; nuestras esperanzas se han visto en gran parte defraudadas. Llegó un día en que el Sillon descualificantes. El Sillon se extraviaba. ¿Podía suceder otra cosa? Sus fundadores, jóvenes, entusiastas y llenos de confianza en sí mismos, no estaban bas-

tante pertrechados de ciencia histórica, de sana filosofía y de teología sólida ni para afrontar sin peligro los difíciles problemas sociales a que los arrastraba su actividad y su corazón, ni para precaverse, en el terreno de la doctrina y de la obediencia, contra las infiltraciones liberales y protestantes.

No les faltaron consejos; a los consejos sucedieron los avisos; pero hemos tenido el sentimiento de ver que avisos y reprensiones se deslizaran sobre sus almas escurridizas sin producir resultado. Las cosas han llegado a tal extremo, que haríamos traición a nuestro deber si guardáramos silencio por más tiempo. Tenemos obligación de decir la verdad a nuestros queridos hijos del Sillon, a quienes un generoso ardor ha llevado a un camino tan errado como peligroso. Tenemos obligación de decirlo a los muchísimos seminaristas y sacerdotes que el Sillon ha apartado, si no de la autoridad, por lo menos de la dirección e influencia de los Obispos; tenemos obligación de decirlo, finalmente, a la Iglesia, dentro de la cual el Sillon siembra la discordia y cuyos intereses compromete.

2) En primer lugar, conviene censurar severamente la pretensión del Sillon de sustraerse a la dirección de la autoridad eclesiástica. Los jefes del Sillon alegan que se mueven en un terreno que no es el de la Iglesia; que sólo se proponen fines del orden temporal, y no del orden espiritual; que el sillonista es sencillamente un católico dedicado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, y que saca de las prácticas de su fe la valentía de su sacrificio; que, ni más ni menos que los artesanos, los labradores, los economistas y los políticos católicos, está sujeto a las reglas de la moral, comunes a todos, sin depender, ni más ni menos que ellos, de una manera especial de la autoridad eclesiástica.

Facilísima es la contestación a estos subterfugios. ¿A quién se hará creer que los sillonistas católicos, que los sacerdotes y seminaristas alistados en sus filas no tienen, en su actividad social, más fin que los intereses temporales de las clases obreras? Afirmar de ellos tal cosa, creemos que sería hacerles agravio. La verdad es que los jefes del Sillon se proclaman idealistas irreductibles; que quieren levantar las clases trabajadoras, levantando primero la conciencia humana; que tienen una doctrina social propia y principios filosóficos y religiosos propios para reorganizar la sociedad con un plan nuevo; que se han formado un concepto especial de la dignidad humana, de la libertad, de la justicia y de la fraternidad, y que, para justificar sus sueños sociales, apelan al Evangelio interpretado a su modo, y lo que es más grave todavía, a un Cristo desfigurado y disoluido. Ade-

BARCOS SIN CORRESPONDENCIA

Las disposiciones adoptadas días atrás por Washington prohibiendo a los buques norteamericanos que toquen en puertos argentinos, se presta a diversas interpretaciones. Puede suponerse que se promulgaron para uso interno así como lo opuesto; que se las envió a cumplir un fin en el exterior. La primera teoría tiene mejor base desde que, después del rudo lenguaje que nos endilgó, el secretario de Estado había quedado en una posición un tanto falsa ya que parecía estar jugando al pato Donald al no complementar sus palabras con la acción. Fortalece esta interpretación el hecho de que el alcance material de la medida no es grande, detalle que para el pueblo de los Estados Unidos pasará desapercibido porque no está preparado para analizarla y porque la información suministrada sobre el punto tiene el sello de lo que se propone y logra sugerir allá la existencia de una situación decididamente tensa. Evidentemente Washington no desea que el electorado dude de su firmeza. También ha de contar, aunque menos, la segunda suposición. Por lo pronto es realmente muy poco probable que se esté usando esta vía indirecta para hablar a las naciones unidas o al mundo en general. Es prácticamente correcto afirmar, en cambio, que se han dirigido a las repúblicas latino-americanas en particular para que de este modo perciban mejor la hasta ahora poco notable ventaja obtenida por haber satisfecho los puntos de vista prevalentes en Washington. Es, por lo dicho, posible que las naciones hermanas sean el

principal objetivo contra el cual disparó el departamento de Estado pero aunque no sea así, aunque prevalezca nuestra opuesta tesis, —la interna— puede descontarse que al redactar las mencionadas disposiciones se las ha tenido muy en cuenta. Otro tanto, y nada más, aunque parezca excéntrico, podría decirse con respecto a la Argentina, a saber: *Que al redactar las disposiciones se la ha tenido muy en cuenta.* Corresponde pensar que se han analizado los efectos posibles de la prohibición y que no pueden haberse forjado ilusiones sobre su eficacia, ya que la posición argentina ha atravesado indemne por alegatos y medidas de mayores pretensiones.



La razón específica con respecto a nuestro país ha de ser simplemente la de tenerlo despierto; la de dejar caer otra de esas gotas que orada las piedras, en resumen, la de avanzar un paso más en la dirección prevista, cualquiera sea ésta. A nuestro juicio, pues, en la temperatura electoral de los Estados Unidos radicaría la más decisiva razón de lo ocurrido y en consecuencia hay que destacar vigorosamente que por serlo, y aunque no sea más que por parecerlo, descubre perspectivas particularmente enojosas. Un sentimiento público preparado como lo está siendo el de Estados Unidos, por la serie de episodios que incluye al que comentamos, no solo va a consentir arbitrariedades si no que en el natural planteo de su aguijoneada ignorancia puede hasta exigirles como requerimientos indispensables para el cumplimiento de fines que se imagina justos y superiores. Por eso aunque el episodio de los barcos en nada modifica la naturaleza de nuestros malentendidos con los Estados Unidos se vuelve imperioso, en vista del infrenable progreso en la mala dirección, re-examinar la misma aportando los últimos elementos de juicio obtenidos.

Sumner Welles en su reciente libro "Time for decision" dice que en Río, al día siguiente de firmar los acuerdos, Ruiz Guinazú le informó que su gobierno "y particularmente sus departamentos de guerra y marina" deseaban un arreglo para obtener armas. Y Welles contestó que eran inútil considerar ese arreglo hasta que no se cumplieran los términos de la resolución recién adoptada e hizo esa declaración por su cuenta —sin consultar a su gobierno— "en vista de las reiteradas declaraciones ya hechas al gobierno argentino". Sugiere Welles, "pues, que con respecto a los Estados Unidos la política

más enseñan estas ideas en sus círculos de estudios, las inculcan a sus compañeros y las trasladan a sus obras. Son, por tanto, verdaderos profesores de moral social, cívica y religiosa; y cualesquiera que sean las modificaciones que puedan introducir en la organización del movimiento sillónista, tenemos el derecho de decir que el fin del Sillón, su carácter, su acción pertenecen al dominio de la moral, que es el dominio propio de la Iglesia, y que, por consiguiente, se alucinan los sillónistas cuando creen obrar en un terreno en cuyos límites expiran los derechos del poder doctrinal y directivo de la autoridad eclesiástica. Aunque sus doctrinas estuvieran limpias de error, fuera con todo eso gravísima infracción de la disciplina católica el sustraerse obstinadamente a la dirección de los que han recibido del cielo la misión de guiar a los individuos y a las sociedades por el recto sendero de la verdad y del bien. Pero el mal es más hondo, ya lo hemos dicho: el Sillón, arrebatado por un amor mal entendido a los débiles, se ha deslizado en el error.

3) En efecto, el Sillón se propone el mejoramiento y regeneración de las clases obreras. Mas sobre esta materia están ya fijados los principios de la doctrina católica, y ahí está la historia de la civilización cristiana para atestiguar su bienhechora fecundidad. Nuestro Predecesor, de feliz memoria, los recordó en páginas magistrales, que los católicos aplicados a las cuestiones sociales deben estudiar y tener siempre presentes. El enseñado especialmente que la democracia cristiana debe "mantener la diversidad de clases, propias ciertamente de una sociedad bien constituida, y querer para la sociedad humana aquella forma y condición que Dios, su autor, le enseñó" (1). Anatemizó una "cierta democracia cuya perversidad llega al extremo de atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y procurar la supresión y nivelación de clases". Al propio tiempo, León XIII imponía a los eclesiásticos el único programa de acción capaz de restablecer y mantener a la sociedad en sus bases cristianas seculares. Ahora bien, ¿qué han hecho los jefes del Sillón? No sólo han adoptado un programa y una enseñanza diferentes de los de León XIII (y ya sería singular audacia de parte de unos legos el erigirse en directores de la actividad social de la Iglesia en competencia con el Soberano Pontífice), sino que abiertamente han rechazado el programa trazado por León XIII, adoptando otro diametralmente opuesto. Además de esto, desechando la doctrina recordada por León XIII acerca de los principios esenciales de la sociedad, colocan la autoridad en el pueblo o en la supresión, y tienen por ideal realizable la nivelación de clases. Van, pues, al revés de la doc-

trina católica, hacia un ideal condenado.

Ya sabemos que se lisonjean de levantar la dignidad humana y la condición, harto menospreciada, de las clases trabajadoras; de procurar que sean justas y perfectas las leyes del trabajo y las relaciones entre el capital y los asalariados; de hacer reinar, en fin, sobre la tierra una justicia mejor y mayor caridad; y de promover en la humanidad, con movimientos sociales hondos y fecundos, un progreso inesperado. Nos, ciertamente, no vituperamos esos esfuerzos, que serían a todos visos excelentes si los sillónistas no olvidaran que el progreso de un ser consiste en vigorizar sus facultades naturales con nuevas fuerzas y en facilitar el ejercicio de su actividad en los límites y leyes de su constitución; pero que si, al contrario, se hieren sus órganos esenciales y se violan los límites de su actividad, se le empuja, no hacia el progreso, sino hacia la muerte. Esto es, sin embargo, lo que ellos quieren hacer de la sociedad humana; su sueño consiste en cambiar sus cimientos naturales y tradicionales y en prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos, más benéficos que aquellos sobre que descansa la actual sociedad cristiana.

No, Venerables Hermanos —preciso es recordarlo energicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y legisladores—, no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó; no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar ni la ciudad nueva por edificar en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de establecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados, de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: *Omnia instaurare in Christo.*

Y para que no se nos acuse de formular juicios demasiado sumariamente y con rigor no justifico acerca de las teorías sociales del Sillón, queremos recordar sus puntos esenciales.

El Sillón tiene la noble preocupación de la dignidad humana. Pero esta dignidad la entiende a la manera de ciertos filósofos, de quienes la Iglesia dista mucho de poder alabarse. El primer elemento de esta dignidad es la libertad, entendida el sentido de que todo hombre, excepto en materia de religión, es autónomo. De este principio fundamental saca las siguientes conclusiones: Hoy el pueblo está en tutela debajo de una autoridad distinta de él; luego debe libertarse de ella: emancipación política. Está bajo la dependencia de pa-

tronos que, detentando sus instrumentos de trabajo, lo explotan, oprimen y rebajan; luego debe sacudir su yugo: emancipación económica. Está dominado, finalmente, por una casta llamada directora, a la cual su desarrollo intelectual asegura una preponderancia indebida en la dirección de los negocios; luego debe sustraerse a su dominación: emancipación intelectual. La nivelación de las condiciones desde este triple punto de vista establecerá entre los hombres la igualdad, y esta igualdad es la verdadera justicia humana. Una organización política y social fundada sobre esta doble base, la libertad y la igualdad (a las que pronto vendrá a juntarse la fraternidad), he aquí lo que ellos llaman democracia.

Sin embargo, la libertad y la igualdad no constituyen más que el lado, por decirlo así, negativo. Lo que constituye propia y positivamente la democracia es la participación mayor posible de todos en el gobierno de la cosa pública. Y esto comprende un triple elemento: político, económico y moral.

Por el pronto, en política, el Sillón no suprime la autoridad; antes al contrario, la estima indispensable; pero quiere dividirla o, mejor dicho, multiplicarla de tal manera que cada ciudadano llegue a ser una especie de rey. La autoridad, es cierto, dimana de Dios; pero reside primordialmente en el pueblo, del cual se desprende por vía de elección o, mejor aun, de selección, sin que por esto se aparte del pueblo y sea independiente de él; será exterior, pero sólo en apariencia; en realidad será interior, porque será una autoridad consentida.

A proporción ocurrirá lo propio en el orden económico. Sustraído a una clase particular, el patronazgo se multiplicará tanto que cada obrero será una especie de patrono. La forma llamada a realizar este ideal económico no será, según dicen, la del socialismo, sino un sistema de cooperativas suficientemente multiplicadas para provocar una concurrencia fecunda y para asegurar la independencia de los obreros, que no estarán encadenados a ninguna de ellas.

He aquí ahora el elemento capital, el elemento moral. Como la autoridad, según se ha visto, es muy reducida, es menester otra fuerza para suplirla y para oponer una reacción permanente al egoísmo individual. Este nuevo principio, esta fuerza, es el amor del interés profesional y del interés público, es decir, del fin mismo de la pro-

(1) "Disparce tuatur ordines, sane proprios bene constitutae civitatis; cum demum humano convicti veli formam atque indolem esse, qualem Deus aucter indidit". (Encíclica *Graves de communi*).

exterior argentina —particularmente la de sus departamentos de guerra y marina— ha mostrado al principio de la guerra esa característica de la carta Storni, consistente en pedir armas sobre la base de argumentos ingeniosos e improvisados. Si eso fuera una política —o hubiera sido tomada como tal— es más fácil ensayar una interpretación de nuestros malentendidos con Washington. En efecto, tendríamos allí en el norte un gobierno que en un arriesgado juego político interno trataba de hacer predominar el internacionalismo, el intervencionismo en el mundo con toda la devoción que necesita el opositor, a un aislacionismo que siempre, sin excepción demostró en la prueba ser la más fuerte, popular y genuina expresión del país. Era y es, pues, el gobierno norteamericano una exaltada expresión de lo que desdeña el plano que no llega a lo internacional, y esto revelaría el origen de esa irritabilidad mostrada ante un gobierno que complacido en su inocencia del mundo trae para que se los resuelvan los relativos problemas de índole regional planteados en la famosa carta.

Así, en su presente ardor los norteamericanos estarían sordos a toda manifestación localista de origen externo y la Argentina se habría ensimismado demasiado en su proceso de liberación. Los barcos norteamericanos suprimidos y los mismos nuestros que aun siguen llevando y trayendo carga son —aunque algunos crean tener pruebas de lo contrario— barcos sin correspondencia, porque quienes van a recibirlos al puerto no encuentran en ellos los mensajes, los mensajes comprensibles, que antes solían venir del extranjero. Y naturalmente se equivocan, de medio a medio, quienes creen que la carga es lo de más peso.

ALBERTO CAPRILE (H.).



fesión y de la sociedad. Imaginaos una sociedad donde en el alma de cada miembro, con el amor innato del bien individual y del bien familiar reinara el amor del bien profesional y del bien público; donde en la conciencia de cada ciudadano estos amores se subordinaran de tal modo que el bien superior se antepusiera siempre al bien inferior, esta sociedad ¿no podría pasarse casi sin autoridad y no ofrecería el ideal de la dignidad humana, teniendo cada ciudadano un alma de rey, cada obrero un alma de patrono? Arrancado de la estrechez de sus intereses privados y elevado a los de su profesión, y más arriba, hasta los de la nación entera, y más arriba aún, hasta los de la humanidad (pues el horizonte del Sillón no se detiene en las fronteras de la Patria, sino que se extiende a todos los hombres hasta los confines del mundo), el corazón humano, ensanchado por el amor del bien común, abrazaría a todos los compañeros de la misma profesión, a todos los compatriotas, a todos los hombres. Y he aquí la grandeza y la nobleza humana ideal realizada por la célebre trilogía: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Ahora bien; estos tres elementos, político, económico y moral, están subordinados uno a otro, siendo el principal, según hemos dicho, el elemento moral. En efecto, imposible es que viva democracia política alguna si carece de raíces profundas en la democracia económica; pero a la vez, ni una ni otra son posibles si no arraigan en tal estado de ánimo que la conciencia posea responsabilidades y fuerzas morales proporcionadas. Pero suponed un estado de ánimo así formado de responsabilidad consciente y de fuerzas morales, y la democracia económica surgirá de ahí, naturalmente, para explicarse en actos de esa responsabilidad consciente y de esas fuerzas; del mismo modo y por igual camino saldrá del régimen corporativo la democracia política; y la democracia política y la económica, esta como soporte de aquella, quedarán asentadas en la conciencia aun del pueblo sobre fundamentos inquebrantables.

Tal es, en resumen, la teoría, se podría decir el sueño, del Sillón; a eso tiende su enseñanza y lo que llama educación democrática del pueblo, es a saber, a levantar al sumo grado la conciencia y responsabilidad cívica de cada ciudadano, de donde fluirán la democracia económica y la política, y el reinado de la justicia, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

5) Esta rápida exposición, Venerables Hermanos, os muestra ya claramente cuánta razón teníamos de decir que el Sillón opone doctrina a doctrina, que edifica su ciudad sobre una teoría contraria a la verdad católica y que falsea las nociones esenciales y fundamentales que regulan las relaciones

SAN BRUNO

Nació en Colonia y en el siglo XI. Enseñó en Reims, a donde, atraído por la fama de su ciencia y de su santidad, acudían a escucharle numerosos discípulos deseosos de oír palabras de auténtica sabiduría. Pero, cuando todo parecía indicar que Bruno habría de ser el maestro más admirado de aquellos tiempos heroicamente cristianos, cuando tantos y tan poderosos motivos podría haber hallado para justificar ante las gentes los éxitos obtenidos por una vida consagrada al servicio divino y dedicada a la acción directa sobre las inteligencias, he aquí que el Santo busca en el retiro y el silencio la Paz que el mundo no puede darle. Y así el maestro insigne, el esforzado campeón de la Fe, el vencedor del impostor Manasés, huye de Reims, donde todos lo señalan como sucesor del Arzobispo San Gervasio.



sociales en toda sociedad humana. Las siguientes consideraciones pondrán todavía más de realce dicha oposición.

El Sillón coloca primordialmente la autoridad pública en el pueblo, de quien se deriva luego a los gobernantes, de tal manera, sin embargo, que continúa residiendo en él. Pero León XIII condenó formalmente esta doctrina en su Encíclica *Diuturnum illud*, sobre el Principado político, cuando dice: "Muchísimos modernos, siguiendo las huellas de los que en el siglo pasado se atribuyeron el nombre de filósofos afirman que toda potestad procede del pueblo, por lo cual los que la ejercen en la sociedad no la ejercen por derecho propio, sino por delegación del pueblo y con la expresa condición de ser revocable por la voluntad del mismo pueblo que se la confirió. Enteramente contrario es el sentir de los católicos que hacen derivar de Dios el derecho de mandar, como de su principio natural y necesario" (*). Sin duda el Sillón hace descender de Dios esta autoridad, que coloca primero en el pueblo; mas de tal manera que "sube de abajo para ir arriba, mientras que en la organización de la Iglesia el poder descende de arriba para ir abajo" (**). Pero prescindiendo de la anomalía de una delegación que sube, cuando por su condición es natural que baje, León XIII refutó de antemano esta tentativa de conciliación de la doctrina católica con el error del filosofismo. Porque continúa: "Importa advertir en este lugar que los supremos gobernantes pueden en ciertos casos ser elegidos por la voluntad y decisión del pueblo, sin que la doctrina católica lo contradiga ni repugne. Bien que esta elección designa al príncipe, mas no le confiere los derechos del principado, ni delega el poder, sino que determina por quién ha de ser ejercido" (***).

Por lo demás, si el pueblo permanece poseedor del Poder, ¿qué viene a ser la autoridad? Una sombra, un mito; no hay ya ley propiamente dicha; no hay ya obediencia. El Sillón mismo lo reconoce al reclamar en nombre de la dignidad humana la triple emancipación política, económica e intelectual; la ciudad futura para la cual se afana, no

La invitación formulada al Profeta Elías encuentra la más cumplida respuesta en el Santo: "Sal fuera y ponte sobre el monte delante del Señor: y he aquí que pasa el Señor, y delante del Señor un viento grande y fuerte, que trastorna los montes y quebranta las piedras: el Señor no está en el viento, y tras el viento un terremoto: el Señor no está en el terremoto, y tras el terremoto un fuego: el Señor no está en el fuego, y tras el fuego un silbo de un venticenco suave." el fuego no se deja retener por la fama de sus santas enseñanzas ni por su estruendoso triunfo sobre la herejía, y absteniéndose, como dice el Salmista, de hablar aún de cosas buenas, hace callar las potencias del alma para estar más atento al paso del Señor.

En el Monasterio de Molesmes, Bruno y el Abad Roberto deliberan cómo dar rumbos seguros a esa vocación de perpetuo retiro y silencio. Poco tiempo después de estas conversaciones, dos nuevas familias monásticas florecían en la Viña del Señor: los cistercienses y los cartujos. Y si los primeros son una clara manifestación de la vida siempre renovada de los cenobitas, los segundos constituyen la más acabada expresión medioeval del orden de los anacoretas.

En el ocaso del mundo antiguo, de todos los ámbitos del Imperio Romano, los hombres especialmente llamados a la Santidad dejaban las ciudades anquilosadas en el pecado y, sacudiendo hasta el polvo de las sandalias, buscaban en el desierto refugio más seguro contra el demonio. En cambio en la Edad Media no era ya cuestión de alejarse de un mundo carcomido, sino de ascender, de subir un peldaño más en la escala del Paraíso: no era el caso de retirarse al desierto, sino de subir al monte. De ahí también que la soledad, punto de partida del ermitaño de los primeros tiempos, fuera ahora algo así como un fruto logrado en amable compañía.

San Hugo era Obispo de Grenoble cuando



tendrá ni amos ni servidores; los ciudadanos serán todos libres, todos camaradas, todos reyes. Una orden, un precepto, fueran un atentado contra la libertad; la subordinación a una superioridad cualquiera, disminución del hombre; la obediencia, degeneración. ¿Es ésta, Venerables Hermanos, la traza con que la doctrina tradicional de la Iglesia nos representa las relaciones sociales en la ciudad, aunque más perfecta se la suponga? ¿Por ventura toda sociedad de hombres independientes y desiguales por naturaleza no necesita de una autoridad que dirija la acción de todos al bien común y que imponga su ley? Y si en la sociedad hay seres perversos (y los habrá siempre), ¿no deberá la autoridad ser tanto más fuerte cuanto más amenazador sea el egoísmo de los malvados? Además, ¿puede decirse con sombra siquiera de razón que sean incompatibles la autoridad y la libertad, a menos de engañarse groseramente sobre el concepto de la libertad? ¿Puede enseñarse que la obediencia es contraria a la dignidad humana y que el ideal sería reemplazarla por "la autoridad consentida"? ¿Acaso no tenía presente el Apostol San Pablo la sociedad humana en todos sus estados posibles cuando prescribía a los fieles la sumisión a toda autoridad? ¿Acaso la obediencia a los hombres, en cuanto representantes legítimos de Dios, es decir, en suma, la obediencia a Dios rebaja al hombre y le abate debajo de sí mismo? ¿O es que el estado religioso fundado sobre la obediencia será contrario al ideal de la naturaleza humana? ¿O que los Santos, que han sido los más obedientes de los hombres, habrán sido más esclavos y degenerados? ¿Puede imaginarse, en fin, un estado social donde Jesucristo, vuelto a la tierra, no diera ya ejemplo de obediencia ni dijera: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios?

El Sillón, que enseña semejantes doctrinas y las pone en práctica en su vida interior, siembra, por

(*) Imo recentiores perplures, eorum vestigiis ingreditur, qui sibi superiore saeculo philosophorum nomen quare qui eam in civitate gerunt, ab iis non uti suam geri, sed ut a populo sibi mandatum, et hac quidem lege, ut populi ipsius voluntate a quo mandata est revocari possit. Ab iis vero dissentium catholici homines, qui ius imperandi a Deo repetunt veluti a naturali necessarioque principio.

(**) Marc Sangnier, *Discours de Rouen*, 1907.

(*) Interest autem attendere hoc loco eos qui republicae praefurunt sint posse in quibusdam causis voluntate pugnantem doctrinam catholicam, non adversante neque principis, non conferunt iura principatus, neque datur imperium, sed statunt a quo sit gerendum.

Bruno y sus compañeros llegan a los Alpes a poner en ejecución sus atrevidos proyectos. El santo obispo vivió en sueños el lugar en que debía levantarse el original monasterio. Guiados, pues, por él los peregrinos escalaron las abruptas montañas y levantaron sus chozas y una humilde capilla que llamaron "Santa María de Casalibus". Quedó así fundada la nueva orden en la que, dentro de un minimum de vida cenobítica, se encuentran las modalidades más características de los padres del desierto: síntesis de San Pablo el Ermitaño y del patriarca San Benito.

llamado por San Urbano II, Bruno tuvo que abandonar su monasterio. La Santa Sede requería su colaboración activa en las múltiples menudencias que día a día se presentan en la Santa Iglesia de Dios. Los años transcurridos en Roma avivaron en él su amor al silencio, que tuvo también especial cuidado en alimentar en el espíritu de sus monjes, que hasta allí quisieron seguirle. Fueron años de verdadero destierro para su alma deseosa de paz, y años también de profunda amargura, ya que al desagrado que le producían los negocios temporales se unía la ansiedad de ver su fundación en peligro de derribarse.

La dura prueba a que fué sometida la Orden no hizo más que poner de manifiesto la solidez de sus fundamentos. Los primeros compañeros del Santo no tardaron en convenirse de que las montañas del Delfinado era más adecuado refugio que las Termas de Diocleciano, y un buen día acompañados de nuevos hermanos dejaron Roma para emprender el regreso a los Alpes. Bruno no los vería más en la Tierra, pero su alma se llenó de gozo al ver que la semilla había fructificado. Poco después él mismo lograría liberarse de la pesada carga de la curia romana.

Los habitantes de Reggio de Calabria quisieron ganarlo para sí. El Santo que había

evitado ya la sede archiepiscopal de Reims y se había desentendido de las tareas de la corte pontificia, pudo substraerse al obispado que se le ofrecía, y obtuvo al fin la tan anhelada licencia para retirarse del mundo. Pero no concedió a su corazón el gozo de volver a encontrarse con sus hermanos de la primera hora, ni su vista pudo complacerse con las montañas que fueran testigos de la fundación de Santa María de Casalibus: con un nuevo contingente de discípulos levantó la Cartuja de Squillace, y allí pasó el resto de sus días.

San Bruno, entregado por entero a la contemplación, apartado del mundo por la barrera infranqueable del Silencio, es un enigma indescifrable para nuestros ruidosos contemporáneos, tan ufanos de la Propaganda. Pero... ¿para qué insistir! Bruno eligió la mejor parte que no le será quitada.

SANTIAGO DE ESTRADA.



fin común de toda la familia humana, y en el amor de Jesucristo, de quien somos en tal excelso grado miembros, que consolar a un desgraciado es hacer bien al mismo Jesucristo. Todo otro amor es ilusión o afecto estéril y pasajero. Bien lo acredita la experiencia humana en las sociedades paganas o laicas de todos los tiempos, probando que a ciertas horas la consideración de los intereses comunes o de la semejanza de naturaleza pesa muy poco en pugna con las pasiones y apetitos del corazón. No, Venerables Hermanos, no hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana, que por amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, abraza a todos los hombres para consolarlos y llevarlos a todos a una misma fe y a una misma bienaventuranza del cielo. Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización. Porque para llegar, como deseamos con toda nuestra alma que se llegue, a la mayor suma de bienestar posible para la sociedad y para cada uno de sus miembros por la fraternidad, o como también se dice, por la solidaridad universal, son menester la unión de los entendimientos en la verdad, la unión de las voluntades en la moral, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Mas como tal unión no sea realizable sino por la caridad católica, síguese que ésta es la única que puede conducir a los pueblos por el camino del progreso al ideal de la civilización.

En fin, como principio y fundamento de todas las falsificaciones de las nociones sociales fundamentales, asienta el Sillon una falsa idea de la dignidad humana. Dicho suyo es, que, el hombre no será verdaderamente hombre, esto es, digno de este nombre, sino cuando haya adquirido una conciencia ilustrada, fuerte, independiente, autónoma, poderosa a prescindir de señor, no obedeciendo más que a sí mismo, y capaz de asumir y soportar sin desviarse de su deber las más graves responsabilidades. He aquí una muestra de esas frases hinchadas con que se exalta al orgullo humano, a manera de sueño que arrastra al hombre sin luz, sin

NECESITAMOS UNA POLITICA

Bien se ha dicho en las páginas de esta revista que la primacía de lo internacional sobre la política interna debe ser la base de la conducción revolucionaria y de gobierno. Aparte de las razones de fondo que imponen esa conducta, existen otras de orden práctico que un político aún relativamente inteligente no podría dejar de apreciar. La bandera de la soberanía posee, en efecto, la inmensa ventaja de que quien la enarbole no puede equivocarse ante los argentinos. Hasta en eso es una garantía. Verdadero aglutinante de la opinión pública, ya tiene adquirido en poco tiempo el valor y el carácter de una constante histórica: quien la haya sostenido se prestigiaba en toda la República; abandonarla significó hasta hoy el repudio o la caída automática. Si no, que lo digan Justo y Ramírez.

Hasta por simple espíritu de cálculo el político ambicioso debe saber elegir el medio más eficaz para el logro de sus planes; pero si a ese político le falta imaginación creadora y sobre todo si le falta calidad, el yerro será inevitable. Eligirá el mal camino, malo para él y para el país, y su caída, a la corta o a la larga, hará nuevamente justicia a la mencionada constante. Mas en este caso la disolución y la demagogia, frutos de esa mala elección, ya habrán producido sus efectos; y las consecuencias de la crisis provocada por la viveza del ambicioso —lamentable sucedáneo de la inteligencia política —pueden ser graves para la República. Así pasa siempre cuando se abandonan las grandes banderas sustituyéndolas por otras, que el político sin instinto, falta de visión, cree más útiles a sus planes y a sus fines.

tanto, entre vuestra juventud católica nociones erróneas y funestas sobre la autoridad, la libertad y la obediencia. Lo propio ocurre con la justicia y la igualdad. Se esfuerza, dice, en realizar una era de igualdad, que será, por eso mismo, una era de justicia mejor. Para él, pues, toda desigualdad de condición es una injusticia, o al menos una menor justicia: principio sobremanera contrario a la naturaleza de las cosas, generador de envidia y de injusticia y subversivo de todo orden social. Asimismo la democracia es la única que según él inauguraría el reinado de la justicia perfecta; mas ¿no es esto hacer injuria a las otras formas de gobierno, que se rebajan de esta suerte a la condición de Gobiernos impotentes, sufrideros tan sólo a falta de cosa mejor? Por lo demás, el Sillon tropieza también en este punto con las enseñanzas de León XIII. Hubiera podido leer en la Enciclica ya citada del Principado político que, "salva la justicia, no está prohibido a los pueblos darse el gobierno que responde mejor a su carácter o a las instituciones y costumbres que recibieron de sus antepasados" (1). Ahora bien; como la Enciclica se refiere a la triple forma de gobierno bien conocida, supone, por el mismo caso, que la justicia es compatible con cada una de ellas. Pues la Enciclica sobre la condición de los obreros, ¿no afirma claramente la posibilidad de restaurar la justicia en las organizaciones actuales de la sociedad, puesto que indica los medios? Mas como, sin duda alguna, quería hablar León XIII, no de una justicia cualquiera, sino de la justicia perfecta, al enseñar que la justicia es compatible con las tres formas de gobierno conocidas, enseñaba también que, por este lado, no goza la democracia de especial privilegio. Los sillonistas, que pretenden lo contrario, o bien rehusan oír a la Iglesia, o se forman de la justicia y de la igualdad un concepto que no es católico.

6) Otro tanto sucede con la noción de la fraternidad, cuyo fundamento ponen en el amor de los intereses comunes o, por cima de todas las filosofías y de todas las religiones, en la simple noción de humanidad, englobando así en un mismo amor y tolerancia a todos los hombres con todas sus miserias, tanto intelectuales y morales como físicas y temporales. Mas la doctrina católica nos enseña que el primer deber de la caridad no está en la tolerancia de las convicciones erróneas, por sinceras que sean, ni en la indiferencia teórica o práctica para el error o el vicio en que vemos sumidos a nuestros hermanos, sino en el celo por su mejoramiento intelectual y moral, no menos que por su material bienestar. Esta misma doctrina católica nos enseña también que el origen del amor al prójimo se halla en el amor de Dios, Padre común y

guía y sin socorro por el camino de la ilusión, donde, esperando el gran día de la plena conciencia, será devorado por el error y las pasiones. Y ¿cuándo llegará ese gran día? A menos de que cambie la naturaleza humana (lo cual no está en poder del Sillon), ¿vendrá alguna vez? ¿Acaso tenían esa dignidad los Santos, por quienes llegó a su apogeo la dignidad humana? Y los humildes de la tierra que no pueden subir tan alto y que se contentan con trazar modestamente su propio surco en la categoría que la Providencia les ha asignado, cumpliendo enérgicamente sus deberes en la humildad, obediencia y paciencia cristianas, ¿no serán dignos de llamarse hombres, ellos a quienes el Señor sacará un día de su condición oscura para colocarlos en el cielo entre los príncipes de su pueblo?

Pero basta ya de reflexiones sobre los errores del Sillon; pues si pretendiéramos agotar la materia, habríamos de llamar vuestra atención sobre otros dictámenes suyos igualmente errados y peligrosos; verbigracia, sobre la manera de entender el poder coercitivo de la Iglesia. Importa ver ahora la influencia de estos errores en la conducta práctica del Sillon y en su acción social.

7) Las doctrinas del Sillon no quedan en el dominio de la abstracción filosófica, sino que se enseñan a la juventud católica, y a más, se ensaya el *vieirlas*. Considerándose el Sillon como el núcleo de la ciudad futura, la refleja con la mayor fidelidad posible, desterrando de su seno toda jerarquía. El cuerpo escogido que lo dirige se ha separado del vulgo por selección, es decir, imponiéndose por su autoridad moral y por sus virtudes. Libres son la entrada y la salida. Los estudios se hacen sin maestro, o cuando más con algún consejero. Los círculos de estudios son verdaderas cooperativas intelectuales, donde cada cual es en un todo maestro y discípulo. El más ilimitado compañerismo reina entre los miembros y pone en total contacto sus almas; de aquí el alma común del Sillon. Se le ha definido "una amistad". El mismo sacerdote, cuando entra en él, abate la eminente dignidad de su sacerdocio, y por el más extraño truco de papeles, se hace alumno, se pone al nivel de sus jóvenes amigos, y no es ya más que un camarada.

En estas costumbres democráticas y en las teorías sobre la ciudad ideal que las inspiran, reconocéis, Venerables Hermanos, la causa secreta

(1) Quamobrem, salva iustitia, non prohibentur populi illud sibi genus comparare republicae, quod aut ipsorum ingenio aut maiorum institutis moribusque magis respondet.

Aceptado que la política internacional es la que da sentido a toda otra política, es incontestable que la obra de gobierno debe realizarse en armonía con esa consigna. No puede haber solidez en los negocios exteriores si internamente no se respeta la jerarquía de ese principio.

Lo primero que debe hacer un gobierno que encara una política difícil es tratar de no quedarse solo. Ni adentro ni afuera. Por mucho talento que tenga un canciller podrá poco si queda librado exclusivamente a las posibilidades de su cartera. Cuando en los demás ministerios no hay planes ni directivas en favor de una política destinada a sostener y consolidar en todos los aspectos técnicos, administrativos y económicos la posición del ministerio de relaciones exteriores, los esfuerzos de éste pueden resultar estériles.

Conviene por lo tanto hacer referencia a la política económica, financiera y social del actual gobierno que pueda tener por efecto debilitar la posición del país, y que a la par, directa o indirectamente, pudiera repercutir sobre su potencial actual o futuro; potencial indispensable para seguir siendo una nación independiente y soberana. En última instancia, repetimos, no hay cuestión ninguna de orden doméstico que pueda escapar a la política internacional; subordinación que se impone hoy más que nunca.

Toda política de poder, aún de relativo poder, debe buscar su necesaria integración económica. A este respecto, la obra de gobierno —haciendo una salvedad para la cancillería— no ha sido consecuente con lo que las circunstancias, la oportunidad y la política internacional aconsejaban. Es un axioma que no hay poder político sin poder económico y, sobre todo, sin poderío industrial. Y referente a esto último, si nuestra industria ha pegado un salto inmenso en estos cinco años no ha sido por medidas de fomento o protectoras de gobierno, sino muy simplemente porque la

guerra en el mismo plazo de cinco años ha dado oportunidad a la iniciativa industrial de mostrar su capacidad; y esto, por el hecho de no venir manufacturas desde el extranjero. La necesidad, como la esperanza de utilidades, agudizan el ingenio. La Argentina pudo así entrar en el mercado latino-americano, especialmente en los países vecinos, faltos, como nosotros, de muchas mercaderías elaboradas. Por obra de circunstancias de hecho, ajenas a inexistentes planes de gobierno, empezaba la tan indispensable integración económica, base de ese futuro y sólido entendimiento político que nos daría poderío para defendernos de las presiones foráneas. Pero todo esto que vino solo se ha ido tirando por la borda.

Es en el Ministerio de Hacienda —debemos creer que involuntariamente— donde se inicia, con la aplicación de ciertas medidas financieras, la política de hostigamiento contra la economía en general y la industrial en

particular, originando como es lógico malestar interno y, por rebote, el disgusto de los países latino-americanos, adquirentes afanosos de nuestros productos manufacturados. Cuando las cargas se crean con el simplista criterio fiscal de tapan los agujeros del déficit —que hoy deben ser enormes— no hay teoría económica que aguante ese sistema.

De todo esto son muestras, entre otras, el antieconómico y antidiplomático decreto del mes de Enero sobre diferencias de cambio que estableció en la práctica un impuesto de cerca del veinte por ciento sobre el valor de exportación, encareciendo, en esa misma medida, casi la totalidad de las mercaderías vendidas a nuestros hermanos de Latinoamérica. Extraordinario caso de perturbación a la economía, a la amistad continental y a la apertura de nuevos mercados. Por otro lado, y casi al mismo tiempo, se creaba el gravamen llamado de "beneficios extraordinarios", hecho en tal forma que la iniciativa industrial de poco capital, el mediano productor, es quien carga con todo el peso del impuesto. La incomprensión fiscal ha venido a castigar en esta forma a la economía en lo más interesante de su evolución: la pequeña industria, verdadero embrión de la grande, que es y ha sido en todos los países fuertes, el germen de su potencia económica y política.

Aparte de estas causas económicas y financieras determinantes directas de malestar interno y externo, y que han sido tomadas solo como ejemplo, existen otras muchas de mayor o menor significación. Pero sin duda que una de las más graves es la falta de contención en los gastos públicos, cuyas cifras no conocemos —no las conoce nadie, pero se saben ingentes— y que son fuente de una inflación e intranquilidad que crece a ojos vistas. Dígase lo que se diga, por muy raras y complicadas que se hayan hecho hoy en día las finanzas con sus alambicados métodos y terminología esotérica, siempre será la mejor



de las faltas de disciplina que tan frecuentemente habéis tenido que reprochar al Sillón. No es maravilla que en los jefes y sus camaradas de tal manera formados, aunque sean seminaristas o sacerdotes, no halléis el respeto, docilidad y obediencia que se deben a vuestras personas y autoridad; que experimentéis de parte de ellos una sorda oposición y tengáis el sentimiento de ver que se desentienden totalmente de las obras no sillonistas, o que, forzados por la obediencia, se entregan a ellas con disgusto. Vosotros sois lo pasado; ellos son los batidores de la futura civilización. Vosotros representáis la jerarquía, las desigualdades sociales, la autoridad y la obediencia; instituciones anticuadas a las cuales sus almas, prendadas de otro ideal, no pueden plegarse. Sobre esta situación de ánimo tenemos el testimonio de hechos dolorosos, capaces de arrancar lágrimas; y no podemos, a pesar de nuestra longanidad, librarnos de un justo sentimiento de indignación. ¿Cómo no! Se infunde a vuestra juventud católica la desconfianza para con su santa Madre la Iglesia; se le enseña que después de diecinueve siglos no ha logrado aún constituir en el mundo la sociedad sobre sus verdaderas bases; que no ha entendido las nociones sociales de autoridad, libertad, igualdad, fraternidad y dignidad humana; que los insignes Obispos y monarcas que tan gloriosamente crearon la Francia y la gobernaron no supieron dar a su pueblo ni la verdadera justicia, ni la verdadera felicidad, porque no tenían el ideal del Sillón.

El soplo de la revolución ha pasado por ahí; de donde podemos concluir que si las doctrinas sociales del Sillón son erróneas, su espíritu es peligroso y su educación funesta.

Pues entonces, ¿qué pensar de su acción en la Iglesia, de la acción de ese Sillón cuyo catolicismo es tan quisquilloso que a poco más, cualquiera que no abraza su causa es a sus ojos enemigo interior del catolicismo y no entiende palabra del Evangelio ni de Jesucristo? Creemos que hay que insistir en este punto, porque precisamente su celo católico le ha valido al Sillón, hasta estos últimos tiempos, preciosos alientos e ilustres aprobaciones. Mas ahora, en vista de las palabras y obras, debemos declarar que así por la conducta como por la doctrina el Sillón no satisface a la Iglesia.

8) En primer lugar, su catolicismo no acepta más forma de gobierno que la democrática, que a su juicio es la más favorable a la Iglesia y se confunde, por decirlo así, con ella, enfundando de este modo la religión a un partido político. No tenemos necesidad de demostrar que el advenimiento de la democracia universal no tiene nada que ver con la acción de la Iglesia en el mundo; ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre

a los pueblos el cuidado de darse el gobierno que consideren más conveniente a sus intereses. Lo que una vez más queremos afirmar, de acuerdo con nuestro Predecesor, es que hay error y peligro en atar sistemáticamente el catolicismo a una forma de gobierno; error y peligro que son más graves cuando se cifra la religión en un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas. Este es el caso del Sillón, el cual, comprometiendo la Iglesia en una forma especial de gobierno, divide a los católicos, arranca a la juventud y aun a los sacerdotes y seminaristas de la acción simplemente católica y gasta sin ningún provecho las fuerzas vivas de una parte de la nación.

Y ved, Venerables Hermanos, una sorprendente contradicción: precisamente invocando el principio de que la religión debe dominar sobre todos los partidos, se abstiene el Sillón de defender a la Iglesia combatida. No es ésta en verdad la que a la arena política ha descendido; antes bien la han arrastrado a ella para mutilarla y despojarla. Y siendo esto así, ¿no deben todos los católicos usar de las armas políticas que tienen en sus manos para defenderla, y también para obligar a la política a mantenerse en su terreno y no ocuparse con la Iglesia más que para darle lo que le es debido? Pues bien; a vista de las tropelías que se perpetran contra la Iglesia, vésele frecuentemente con dolor a los sillonistas cruzarse de brazos, si no les tiene cuenta el defenderla; véseles dietar o sostener un programa que por ningún lado, ni en ningún grado, descubre al católico, sin que esto sea obstáculo para que esos mismos hombres confiesen su fe en plena lucha política, al golpe de alguna provocación, dando así a entender que hay dos hombres en el sillonista: el individuo que es católico, y el sillonista, el hombre de acción, que es neutro.

Hubo un tiempo en que el Sillón, como tal, era formalmente católico. No conociendo más fuerza moral que la católica, iba proclamando que la democracia sería católica o no sería. Mas llegó un momento en que, mudando de parecer, dejó a cada cual su religión o su filosofía y hasta el mismo cesó de llamarse católico, sustituyendo aquella su fórmula: "La democracia será católica" con esta otra: "La democracia no será anticatólica", como tampoco por lo demás antijuda o antibudista. Esta fue la época del más grande Sillón. Convocados para la construcción de la ciudad futura todos los obreros de todas las religiones y de todas las sectas, no se les puso más exigencia que abrazar el mismo ideal social, respetar todas las creencias y aportar alguna porción de fuerzas morales. Es verdad que se decía: "Los jefes del Sillón sobrepone a todas las cosas su fe religiosa. Pero pueden acaso quitar a los demás el derecho de sacar la energía moral de donde puedan? En compensación,

quieren que los demás respeten en ellos el derecho de sacarla de su fe religiosa. Por consiguiente piden a todos los que quieran transformar la sociedad presente, a la manera democrática, que no se repelan mutuamente por causa de las convicciones filosóficas o religiosas que puedan separarlos, sino que vayan mano a mano, no renunciando a sus convicciones sino ensayando en el terreno de las realidades prácticas la prueba de las excelencias de sus convicciones personales. Tal vez, en este terreno de la emulación entre almas pertenecientes a diferentes escuelas religiosas o filosóficas, podrá realizarse la unión". Se declaró al mismo tiempo (¿cómo podrá esto realizarse?) que el pequeño Sillón católico sería el alma del gran Sillón cosmopolita.

Recientemente ha desaparecido el nombre del más grande Sillón, y se ha introducido una nueva organización, sin modificar, antes muy al contrario, el espíritu y fondo de las cosas, "para poner orden en el trabajo y organizar las diversas fuerzas de acción. El Sillón sigue siendo siempre un alma, un espíritu, que se meneará entre los grupos y les comunicará su actividad". Y se ruega a todas las nuevas agrupaciones, convertidas aparentemente en autónomas, católicas, protestantes y librepensadoras, que pongan manos a la obra.

"Los compañeros católicos trabajarán juntos en una organización especial para instruirse y educarse. Los demócratas protestantes y librepensadores harán por su parte lo propio. Y todos, católicos, protestantes y librepensadores, tomarán a pechos armar la juventud, no para una lucha fratricida, sino para una generosa emulación en el terreno de las virtudes sociales y cívicas".

9) Estas declaraciones y esta nueva organización de la acción sillonista sugieren muy graves reflexiones.

He aquí, fundada por católicos, una asociación interconfesional para trabajar en la reforma de la civilización, obra en primer término religiosa, pues es verdad demostrada y hecho histórico, que no hay verdadera civilización sin civilización moral, ni civilización moral sin la Religión verdadera, de suerte que es vano pretexto el de los nuevos sillonistas, cuando alegan que trabajarán únicamente "en el terreno de las realidades prácticas", donde nada importa la diversidad de creencias; tanto más que tan persuadido está su jefe de la influencia de las convicciones del entendimiento sobre el resultado de la acción, que invita a todos, sin distinción de religiones, a "experimentar en el terreno de las realidades prácticas la excelencia de sus convicciones personales". Y con razón, porque las reali-

(7) Marc Sangnier, *Discours de Rouen*, 1907.
(8) Marc Sangnier, París, Mayo de 1910.

doctrina, o la única buena doctrina, la que le enseñaba con sabiduría el viejo Micawber al pequeño David Copperfield.

Dicen algunos que nuestras finanzas son buenas. Comparativamente hablando, claro que los son: en un mundo de finanzas ciegas el que la tenga tuerta es rey. La afluencia al país de los capitales huidos de todos los rincones del globo no se debe a una adecuada política financiera nuestra, sino que tiene por motivo la peligrosa o fiscalmente agresiva conducta de los gobiernos de origen de esos capitales. Es sabido que no hay nada más timorato que el dinero; huye siempre el primero donde empieza el peligro y la guerra es para él uno de los más grandes. También las utilidades de las inversiones extranjeras en el país, que hace tiempo no se remesaban a sus prudentes titulares del exterior, facilitaron esas colocaciones; prefirieron invertir y acumular sus réditos en esa forma hasta que aclare. Aun aceptando que todo es relativo, es por estas razones y por ninguna otra, que la colocación de títulos en masa en el mercado local ha tenido éxito hasta hoy. Mejor dicho hasta ayer, porque actualmente el Banco Central se ha visto obligado a comprar todas las ofertas de títulos a precios prefijados. Así lo acaba de hacer público el Ministerio de Hacienda con el objeto, explica, de parar la caída de los papeles de crédito que habían bajado varios puntos en los últimos días. Hasta hace poco los títulos los compraba el público; ahora es el gobierno quien tiene que adquirir sus propias y aún frescas emisiones para evitar la baja. Es que las finanzas de los otros países del mundo, con una paz que el olfato del dinero presume bien cercana, van a dejar de ser ciegas, para pasar a tuertas, y en el contraste serán entonces nuestras las ciegas del refrán. La Argentina, cuando menos se piense, puede dejar de ser plaza interesante para el dinero si el gobierno no se la cuida.

El mismo Ministerio de Hacienda se encarga de justificar la inquietud y la desconfianza del público con el aludido comunicado, que para el fin perseguido es totalmente contraproducente, a poco que se le analice.

Existen depósitos en los bancos por un monto que no ha sido superado en ningún momento —son sus palabras— y que llegan hoy a 6500 millones de pesos. Precisamente lo grave es que habiendo tan cuantiosos recursos disponibles sus poseedores prefieran tenerlos ociosos y estériles en las cajas de los bancos en lugar de “dirigirlos a la Bolsa en busca de una renta interesante”, como dice el comunicado, buscando un buen rédito del 4%. Mal síntoma político cuando la plata no hace caso a tan dulces tentaciones.

Respecto del dinero resulta en cierto modo aplicable lo que sucede con los vasos comunicantes. En la medida que nuestra política social, económica y financiera era mucho me-

yor que la de otras partes, la afluencia hacia las inversiones se mostraba en las cómodas emisiones del gobierno, fácil y rápidamente cubiertas. Actualmente, frente a una política inquietante y de hostigamiento para la economía en muchas de sus manifestaciones lógicas, se abren en el extranjero perspectivas de relativa seguridad más o menos próximas; siendo éste uno de los motivos, a nuestro modo de ver, por el que gran parte de los 6500 millones de marras se queda en los bancos en prudente expectativa. En los EE. UU. y en Gran Bretaña, en efecto, ya se anuncian fuertes rebajas en los impuestos y que volverán a quicio sus economías privadas. ¿Propaganda electoral, solamente? No lo sabemos, pero lo cierto es que todo esto influye y es el otro extremo del vaso de nuestras alteraciones financieras.

Claro está que estos problemas no nos van a crear situaciones tremendas, ni mucho menos, si corregimos a tiempo. Nuestro país puede aguantar montañas de errores. Pero una modificación en algunos aspectos financieros y en la forma de encarar la llamada “política social” aclararían rápidamente el ambiente. No hay que olvidar que si todos los fientos salen de la misma lonja, también las mejoras sociales sólo pueden salir de una próspera y sólida economía. Si esto no lo entiende el gobierno, en lugar de aumentos en los salarios y casas baratas para obreros, la inevitable crisis en la economía podría obligar al Estado a sustituir sus bellas promesas por tristes sopas a largas colas de desocupados. Para evitar eso y otras cosas más graves sería necesario, como en todo, una amplia e integral concepción política. Más que nunca, entonces, *necesitamos una política*. Y nuevamente vaya aquí la necesaria y justa salvagedad para el ministerio de Relaciones Exteriores, donde, pese a todo, hoy se sigue una política.

ALBERTO V. TEDÍN.



vaciones prácticas revisten el carácter de las convicciones religiosas, como los miembros de un cuerpo, hasta sus últimas extremidades, reciben su forma del principio vital que los anima.

Esto supuesto, ¿qué hay que pensar de la mezcolanza de los jóvenes católicos con herejes e incrédulos de toda laya en una obra de esa naturaleza? ¿No será para esos jóvenes mil veces más peligrosa que una asociación neutra? ¿Qué pensar de esa convocación de todos los heterodoxos e incrédulos a aguilatar la excelencia de sus convicciones en el terreno social, en una especie de concurso apologético, como si este concurso no tuviese ya diecinueve siglos de duración, en condiciones menos peligrosas para la fe de los fieles y en honra cabal de la Iglesia católica? ¿Qué pensar de ese respeto a todos los errores y de la extraña invitación con que un católico anima a todos los disidentes a fortalecer sus convicciones por el estudio y convertirlos en manantiales siempre más abundantes de nuevas fuerzas? ¿Qué pensar de una asociación en la que todas las religiones, y el mismo librepensamiento, pueden manifestarse paladinamente y a sus anchas? Porque los sillionistas, que en las conferencias públicas y en otras partes proclaman arrogantemente su fe individual, no pretenden, a la verdad, cerrar la boca a los demás, ni impedir que el protestante ostente su protestantismo, ni el escéptico su escepticismo. ¿Qué pensar, en fin, de un católico que, al entrar en el círculo de estudios, deja a la puerta su catolicismo para no asustar a los compañeros, que, soñando en una acción social desinteresada, se oponen a servirse de ella para el triunfo de intereses, de banderías ni aun de convicciones, sean las que fueren? Tal es la profesión de fe de la nueva *Junta democrática de acción social*, que ha heredado la parte más importante del programa de la antigua organización, y que, según ella misma dice, “desheciendo el equívoco mantenido alrededor del más grande Sillón, tanto en las esferas reaccionarias como en las antileccionales”, está abierta a todos los hombres “respetuosos con las fuerzas morales y religiosas, y convencidos de que no es posible ninguna emancipación social verdadera sin el fermento de un generoso idealismo”.

¡Oh, sí! el equívoco está deshecho; la acción social del Sillón no es ya católica; el sillionista, como tal, no trabaja por una bandería, y “de las simpatías que su acción por ventura despierte, la Iglesia, él mismo es quien lo dice, no podrá sacar ningún provecho”. Inanunciación a la verdad extralímite que la Iglesia pueda aprovecharse de la acción social del Sillón con fin egoísta e interesado, como si todo lo que aprovecha a la Iglesia no aprovechara a la humanidad. ¡Extraña confusión

de ideas! ¡La Iglesia, según esto, se aprovecharía de la acción social, como si los más ilustres economistas no hubiesen reconocido y demostrado que la acción social, para ser sólida y fecunda, es la que ha de aprovecharse de la Iglesia!

10) Pero más extrañas todavía, espantosas y afflictivas a la vez, son la audacia y levedad de hombres que, llamándose católicos, imaginan refundir la sociedad en las condiciones dichas y establecer sobre la tierra, por cima de la Iglesia católica, “el reinado de la justicia y del amor”, con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones o faltos de religión, con creencias o sin ellas, a condición de que olviden lo que los divide, es a saber, sus convicciones religiosas y filosóficas, y de que pongan en común lo que los une, esto es, un generoso idealismo y fuerzas morales tomadas “en donde puedan”. Cuando se piensa en las fuerzas, en la ciencia, en las virtudes sobrenaturales que han sido menester para la fundación de la ciudad cristiana, cuales son los padecimientos de millones de mártires, las luces de los Padres y Doctores de la Iglesia, la abnegación de todos los héroes de la caridad, una poderosa jerarquía nacida en el cielo, torrentes de gracia divina, y todo ello edificado, torcido, compenetrado por la Vida y el Espíritu de unido, compenetrado por la Vida y el Espíritu de unido, Jesucristo, la Sabiduría de Dios, el Verbo hecho hombre; cuando se piensa, decimos, en todo esto, asusta ver a los nuevos apóstoles obstinados en hacer cosa mejor con un vago idealismo y las virtudes cívicas. ¿Qué van a producir? ¿Qué es lo que va a salir de esa colaboración? Una construcción puramente verbalista y quimérica, donde escisión puramente verbalista y quimérica, donde se pejarán, revueltas y en confusión seductora, las palabras de libertad, justicia, fraternidad y amor, a igualdad y exaltación del hombre, todo ello fundado en una dignidad humana mal entendida; una agitación tumultuosa, estéril para el fin propuesto, provechosa para los agitadores de masas menos utopistas. Verdaderamente se puede afirmar que el Sillón, al poner los ojos en una quimera, hace escolta al socialismo.

Cosa peor tememos todavía. El resultado de esa promiscua colaboración, el beneficiario de esta acción social cosmopolita no puede ser más que una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía; una religión (pues el sillionismo, según han dicho sus jefes, es una religión) más universal que la Iglesia católica, y que reuna a todos los hombres hechos a la postre hermanos y compañeros en “el reino de Dios”. “No se trabaja para la Iglesia; se trabaja para la humanidad”.

Y ahora, penetrados de la más viva tristeza, os preguntamos, Venerables Hermanos, en qué ha venido a parar el catolicismo del Sillón. ¡Ay! El que diera antes tan hermosas esperanzas, aquel río

cristalino e impetuoso ha sido atajado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, y ya no constituye más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía organizado en todas las naciones para el establecimiento de una iglesia universal sin dogmas ni jerarquía, sin regla para el espíritu ni freno para las pasiones; una iglesia que, so pretexto de libertad y dignidad humana, volvería a traer al mundo, si triunfase, con el reinado legal de la astucia y de la fuerza, la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

Harto conocemos los sombríos antros donde se elaboran estas doctrinas deletéreas que no deberían seducir a espíritus perspicaces. No han podido librarse de ellas los jefes del Sillón: la exaltación de sus afectos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con parte de iluminismo, los han arrastrado a un nuevo evangelio, en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, llevando a tal punto su osadía que tratan a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad sobremanera irrespetuosa, y a consecuencia del parentesco de su ideal con el de la revolución, no temen presentar entre ésta y el Evangelio parentescos blasfemos que no tienen siquiera la excusa de haberse escapado en alguna improvisación tumultuosa.

Queremos llamar vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre esta deformación del Evangelio y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada en el Sillón y en otras partes. Al discurrir sobre la cuestión social, es moda en ciertas esferas descartar primero la divinidad de Jesucristo y después no hablar más que de su extremada mansedumbre, de su compasión para todas las miserias humanas, de sus aprehensiones exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Verdad es que Jesucristo nos ama con amor inmenso, infinito, y que vino a la tierra a padecer y morir para que reunidos en torno suyo, en la justicia y el amor, animados de los mismos sentimientos de mutua caridad, todos los hombres vivan en paz y felicidad. Mas con autoridad suprema puso por condición de esa felicidad temporal y eterna, ser de su rebaño, aceptar su doctrina, practicar la virtud y dejarse enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Además, si Jesús fué bueno con los extraviados y pecadores, no respetó sus convicciones erróneas, por sinceras que parecieran; los amó a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si llamó a sí, para aliviarlos, a los que padecían trabajos y dolores, no fué para predicar-padecían trabajos y dolores, no fué para predicar-les la emulación de una igualdad quimérica. Si les llevó a los humildes, no fué para inspirarles el sentimiento de una dignidad independiente y rebeldía a la obediencia. Si su corazón rebosaba de

MUSICA

LA NOVENA SINFONIA

Con las fugas de Bach se cierra el ciclo de la música polifónica. Esta música ha sido llamada "espacial" (en oposición a la música "temporal") por su carácter estructural, arquitectónico. La esencia de este arte reside en el conjunto de partes consideradas *simultáneamente*. Su ineludible condición "temporal" es una circunstancia que el artista supera disimulándola.

Después de Juan Sebastián Bach la música es otra cosa. Su centro de gravedad se desliza precisamente hacia lo que antes estaba en segundo plano: lo temporal. La sucesión de frases (y en esto consiste la novedad) hace sentir el tiempo a la par que disminuye la preocupación por el conjunto y su unidad. Desde Felipe Manuel Bach (genial hijo de Juan Sebastián y creador de la forma "sonata") hasta Wagner, la música es cada vez menos lógica y más psicológica. Beethoven supera la aparente alternativa. Su Novena Sinfonía es grande desde ambos puntos de vista. La estructura de esta obra es de perfección matemática. Podemos contemplarla, estudiarla sin peligro de decepcionarnos; puede ella soportar incólume las críticas más exigentes del "arte puro". En lo que se refiere al aspecto psicológico es de una eficacia incomparable. El oyente experimenta la ilusión perfecta de ser sujeto y no mero espectador del drama expresado, la extraña ilusión de que la música es efecto y no causa de su estado psíquico. Esta particularidad de conferir al oyente una función ilusoriamente activa es privativo de la música "temporal" que culmina en el romanticismo.

Con la Misa Solemne y los últimos cuarte-



mandumbre para las almas de buena voluntad, no dejó de encenderse en santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeñuelos, contra las autoridades que abruma al pueblo con el peso de cargas incompensables, sin que ellos pongan el dedo para ayudarlas a levantar. Fué tan enérgico como manso; regañó, amenazó, castigó, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el principio de la sabiduría y que conviene a veces cortar un miembro para salvar el cuerpo. En fin, lejos de anunciar para la sociedad futura el reinado de una felicidad ideal, de donde estuviera el dolor desterrado, trazó con la palabra y el ejemplo el camino de la felicidad posible en la tierra y de la bienaventuranza perfecta en el cielo: el camino real de la santa cruz. Enseñanzas son éstas que sería error aplicar únicamente a la vida individual en orden a la salvación eterna, pues son también eminentemente sociales y nos muestran en Nuestro Señor Jesucristo algo más que humanitarismo sin consistencia y sin autoridad.

11) Vosotros, Venerables Hermanos, seguid activamente la obra del Salvador de los hombres con la imitación de su mansedumbre y de su energía. Inclinaos a todas las miserias, ningún dolor escape a vuestra solicitud pastoral, ninguna queja os halle indiferentes. Pero predicad también denodadamente a grandes y pequeños sus deberes; a vosotros toca formar la conciencia del pueblo y de los poderes públicos. La cuestión social está muy cerca de su solución cuando unos y otros, menos exigentes de sus derechos, cumplan más exactamente sus deberes.

Además, como en el conflicto de intereses, y especialmente en la lucha con las fuerzas de los malos, ni la virtud ni aun la santidad bastan siempre a asegurar al hombre el pan de cada día, y como el rodaje social debe ordenarse de suerte que con su juego natural paralice los esfuerzos de los malvados y haga asequible a todos los hombres de buena voluntad su parte legítima de felicidad terrena, ardentemente deseamos que a este fin os intereseis activamente en la organización de la sociedad. A esta causa, en tanto que vuestros sacerdotes se entregan con celo a la santificación de las almas, a la defensa de la Iglesia y a las obras de caridad propiamente dichas, escogeréis algunos de ellos activos y de espíritu ponderoso, provistos de los grados de doctores en filosofía y teología, perfecta-

tos la Novena Sinfonía constituye lo más depurado del arte beethoveniano. Toda ella está impregnada de un espíritu heroico, sobrehumano, de suprema nobleza. Las innovaciones de orden técnico que introduce son innumerables y se refieren tanto al ritmo, como a la armonía, la melodía y la instrumentación. Detallar todas las maravillas de esta obra incomparable excedería las posibilidades de este breve artículo.

La versión que ofreció Fritz Busch en el teatro Colón no fué de las mejores. Faltó precisión en la orquesta debido, posiblemente a insuficiencia de ensayos. Los solistas: Amanda Cetera, Zaira Negroni, Carlos Rodríguez y Carlos Feller se desempeñaron encomiablemente a pesar de ciertas fallas (en especial la debilidad de la voz de Carlos Rodríguez). Los coros, bien preparados por Rafael Terragnolo. El ritmo adoptado por Busch fué muy justo aunque levemente efectista; en su afán por "épatar" sufrió la obra un

poco de esa falta de sobriedad en la que nunca incurre Toscanini.

Con todo, fué una versión de calidad y el público aplaudió con entusiasmo.

PEDRO A. SÁENZ.

CINE

BERNADETTE

Pocas veces el cinematógrafo ha llegado tan alto como en la realización de Bernadette. Digamos esto en homenaje a la pantalla norteamericana, cuyas deficiencias, en otras ocasiones y desde estas mismas columnas, hemos señalado.

Lo que parecía imposible de transponer a las imágenes del celuloide: la entraña sobrenatural de un episodio milagroso, este film lo logra. Y lo logra sin que en ningún momento el relato condescienda a presentarnos —la tentación era grande— escenas de fácil beatería religiosa.

No tenemos recuerdo de que tema tan hondo y esencial, como es el de Bernadette, haya sido mejor interpretado en el cinematógrafo. Y acaso tampoco lo haya sido mejor en espectáculos de otra especie.

Todo el film semeja una ilustración fidelísima de esta inmensa verdad católica: que la gracia no destruye, sino que sobre-eleva el orden de la naturaleza.

Tanto el trabajo de la protagonista principal, en verdad extraordinaria, como la reconstrucción escenográfica y de ambiente, hablan con unción y belleza a lo que aun hay de más noble en la sensibilidad del espectador contemporáneo.

M. E.



NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual	\$ 10.—
Por semestre	\$ 5.—
Número suelto	\$ 0,20
Número atrasado	\$ 0,40
Primer número	\$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

mente instruidos en la historia de la civilización antigua y moderna, y los dedicaréis a los estudios menos elevados y más prácticos de la ciencia social para ponerlos, en tiempo oportuno, al frente de las obras de acción católica. Mas cuiden esos sacerdotes de no dejarse extraviar en el dédalo de las opiniones contemporáneas por el espejismo de una falsa democracia; no tomen de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo un lenguaje enfático lleno de promesas tan sonoras como irrealizables; persuádanse que la cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer; que en todas las edades la Iglesia y el Estado, concertados felizmente, suscitaron para el bienestar de la sociedad organizaciones fecundas; que la Iglesia, que jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que desligarse de lo pasado, antes le basta anudar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución, y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano de que estuvieron animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea; porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios ni novadores, sino tradicionalistas.

A esta obra eminentemente digna de vuestro celo pastoral deseamos que la juventud del Sillón, no sólo no ponga obstáculo alguno, sino que desahogada de sus errores, aporte en el orden y sumisión convenientes su leal y eficaz concurso.

12) Volviéndonos ahora, pues, a los jefes del Sillón, con la confianza de un padre que habla a sus hijos, les pedimos por su bien, por el de la Iglesia y de Francia, que os cedan su puesto. Nos medimos ciertamente la extensión del sacrificio que de ellos solicitamos, pero sabemos que son bastante generosos para realizarlo, y de antemano, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien somos el representante indigno, les damos por ello nuestra bendición. Cuanto a los miembros del Sillón, queremos que se agrupen por diócesis para trabajar bajo la dirección de los Obispos respectivos así en la regeneración cristiana y católica del pueblo como en el mejoramiento de su suerte. Esos grupos diocesanos serán, por el pronto, independientes unos de otros, y a fin de demostrar bien que han roto con los errores pasados, tomarán el nombre de *Sillones católicos*, y cada uno de sus miembros añadirá a su título de *sillonista* el mismo calificativo de *católico*. Por supuesto que todo *sillonista católico* quedará libre de conservar, por

otra parte, sus preferencias políticas, depuradas de todo lo que en la materia no sea enteramente conforme con la doctrina de la Iglesia. Que si hubiese grupos, Venerables Hermanos, que se negasen a someterse a estas condiciones, deberíais, por el mismo caso, entender que se niegan a vuestra dirección; y entonces habría que examinar si se ciñen a la política o economía pura, o si perseveran en sus antiguos errores. En el primer caso, es claro que no os habríais de ocupar en ellos más que en el común de los fieles; en el segundo, deberíais proceder en la forma consiguiente, con prudencia, pero también con firmeza. Los sacerdotes habrán de mantenerse totalmente apartados de los grupos disidentes, contentándose con prestar los auxilios del santo ministerio individualmente a sus miembros y aplicarles en el tribunal de la penitencia las reglas comunes de la moral relativas a la doctrina y a la conducta. Cuanto a los grupos católicos, los sacerdotes y seminaristas, si bien los favorecerán y secundarán, se abstendrán no obstante de agregarse a ellos como miembros; porque conviene que la milicia sacerdotal se mantenga en una esfera superior a las asociaciones laicas, aun las más útiles y animadas del mejor espíritu.

Tales son las providencias prácticas con que hemos creído necesario sancionar esta carta acerca del Sillón y de los sillonistas. Que el Señor se digno, como se lo rogamos del fondo del alma, hacer entender a esos hombres y a esos jóvenes las graves razones que la han dictado, que les dé la docilidad del corazón con el valor de probar a la faz de la Iglesia la sinceridad de su fervor católico; y a vosotros, Venerables Hermanos, que El os dé a sentir para con ellos, pues son en adelante vuestros, los afectos de un corazón enteramente paternal.

En esta esperanza y para alcanzar tan deseables resultados, Nos os concedemos de todo corazón, así como a vuestro clero y a vuestro pueblo, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 23 de agosto de 1910, año octavo de Nuestro Pontificado.

Pío PP. X.

NOTA. En la carta de sumisión escrita por el Director del Sillón, Marc Sangnier, al Padre Santo se lee: "Esta bendición que Vuestra Santidad me promete en su carta, si hago el sacrificio que solicita, yo la pido, conocido y contado, ya que he realizado el sacrificio". Algunas frases hay en la carta de sumisión no del todo satisfactorias.